



HOY EN LA 10, NocheNserie: Sube la tensión en «El secreto nazi de la fortaleza». A las 21.15 horas



Ramón Estalella

«El maletero de nuestro coche salvó a condenados a muerte»

ARQUITECTO Y PINTOR, HIJO DEL «SCHINDLER» DE LA GUERRA CIVIL



JAIME GARCÍA

Tributo a la figura humana. Ramón Estalella ha querido rendir homenaje su padre, diplomático y pintor cubano del mismo nombre fallecido en 1986, a través de una exposición en la planta sexta del Círculo de Bellas Artes («Eva's dress»), en la que reúne y coteja obras suyas y de su progenitor. Se trata de desnudos femeninos expuestos en la antesala de los talleres de dibujo del Círculo, uno de los pocos reductos donde aún posan modelos para los pintores. Así reivindica la figura humana como objeto de culto artístico frente a ciertas vanguardias «que justifican cualquier cosa». La obra de Estalella padre está también representada en el Museo ABC.

► Estalella ha organizado una exposición en la que confronta su obra con la de su padre, pintor y diplomático que salvó muchas vidas en la Guerra Civil

► «En el arte de vanguardia a veces el verdadero artista es el marchante, pues convence a una élite adinerada de la versión más aceptable de esa obra»

En el Círculo de Bellas Artes se ha cerrado el círculo (y valga la redundancia). La obra de su padre y la suya propia, frente a frente.

-Todo vuelve a su sitio. Mi padre fue un hombre equilibrado que se jugó la vida muchísimas veces por defender a los demás, y su forma de evadirse era precisamente pintar...

-Pero no vivía de ello.

-No, aunque él nació casi con un lápiz en la mano. Estudió Derecho en Cuba, adquirió la nacionalidad cubana y entró en la carrera diplomática. Pero, paralelamente, estaba inmerso en la vida artística y cultural. Seguía a Sorolla y fue muy amigo de Edgar Neville y de Dalí, que intercambiaba con él trece obras que ahora están en el museo de Figueras.

-Todo lo torció la guerra.

-Mi padre no era jefe de misión cuando comenzó la contienda, pero el embajador murió y se tuvo que quedar al frente. Y cuando vio que había tanta persecución, abrió las puertas a todo aquel que necesitaba protección. Dormía en el felpudo para que, si tocaban el timbre, al primero que matasen fuera a

él. Organizaba canjes de modo que esos perseguidos por la República podían pasar a la zona nacional a través de barcos.

-Le movían razones humanitarias, no políticas.

-Por eso al final de la guerra la embajada se le llenó de republicanos. Logró hacer canje en el sentido inverso y mandar personas a México, a Chile... Y además acogió a algunos condenados a muerte por el Gobierno franquista. Jugándose, los sábados metía el coche marcha atrás por el portalón, y entonces un hombre bajaba, saltaba al maletero y viajábamos toda la noche rumbo a Portugal. Antes de salir, mi madre quitaba la junta de goma para que nuestro pasajero respirara, y luego, durante el viaje, daba de vez en cuando golpecitos en el portaequipajes, a ver si seguía vivo. Siempre tuvimos la suerte de que al coche diplomático no fue registrado. Pasábamos a Estremoz, y allí un coche de la embajada de Cuba en Lisboa se llevaba a esa persona...

-Qué relato apasionante.

-Y no acaba ahí. Hacia el año setenta yo estaba en un congreso en la República de San Marino, y un hombre me salió al paso. Me preguntó si yo tenía que ver algo con Estalella el diplomático, y le dije: «Es mi padre». Se me abrazó llorando. ¡Era uno de los que había salvado! Después, mi padre tuvo varios destinos más hasta la llegada de Fidel Castro.

-¿No encajó en la «nueva» Cuba?

-Castro empezó con fusilamientos, y él dijo que no estaba dispuesto a dar cobertura a un régimen que fusilaba gente cuando él había arriesgado la vida justamente por lo contrario. La reacción del Gobierno cubano fue expulsarlo de la carrera, quitarle la nacionalidad y confiscarle sus derechos pasivos de sueldo. Le dejaron en la calle, sin nada.

-Por lo que convirtió su devoción en profesión.

-Empezó a vender pintura. Hasta entonces lo había tenido como pura afición.

-¿Y usted?

-Yo había venido al Círculo un poquito para mi preparación durante mis estudios. El día en que terminé arquitectura, dejé de dibujar y pasé a hacer edificios, proyectos... Pero cuando murió mi padre, en 1986, vine a recoger sus cosas. Aquí tenía su taquilla con su material de dibujo, sus carpetas... Y mientras guardaba todo aquello, me dije: «Caray, qué pena, si esto está bien». A partir de entonces volví.

-Para pintar del natural en uno de los últimos lugares donde aún posan modelos. Y, como su padre, sin hollar jamás la abstracción.

-Siempre digo que tanto él como yo hemos hecho nuestras pinturas para nosotros mismos, no para expertos. Aunque admiro a muchos sinceros vanguardistas, a veces en ese tipo de arte el vendedor es el verdadero artista. Porque a ese cuadro que admite millones de interpretaciones el marchante le atribuye la versión más aceptable por una élite. Que, además, es una élite adinerada.

BLANCA TORQUEMADA

ANTONIO ASTORGA

VIRGINIA RÓDENAS

